

Diario de Roberto

Una voz atrás dijo algo:

- *Siga.*

Ese era un “siga” imposible de evadir. La oscuridad y el vapor frío eran uno solo, y la lluvia-música susurraba al fondo.

La oscuridad fue entonces más oscuridad, pero la voz ya no estaba. Los párpados como compuertas descompuestas marcaron entonces la transición entre el sueño intranquilo y la vigilia de todas formas soporífera por la lluvia.

Diario de Roberto, (27 de octubre):

He dejado atrás a mi familia, o mejor, ella me ha dejado. Hace cinco años fue la mayor y su madre, y ahora la menor hace maletas y me dice: “chao papá, me voy”. Yo le digo: “¿a dónde?” – tratando de contener el temblor de la garganta –. No hubo respuesta. El temblor ahora se desgarró en sollozos que no dejan de ahuecar esta casa; ya no le cabe un hueco más, y la hoja en que escribo se mancha de lágrimas como si de sangre se tratara...

Diario de Roberto, (31 de octubre):

En el colegio hubo una fiesta floreciente de sonrisas infantiles y disfraces de superhéroes, hadas y criaturas de ultratumba. Me alegré un poco, aun cuando me apretara el pecho por el recuerdo de mis hijas. Ellas estudiaron allí mismo, en el colegio en que trabajo desde hace veintitrés años como maestro de preescolar. La jornada de dulces y piruetas tuvo que frenarse por una lloviznita tupida que apareció cerca de las once de la mañana. Salimos más temprano a nuestras casas. De esa forma se esfumaron las sonrisas: la de los niños y la mía. Estoy muy desanimado, y esta casa es demasiado grande, demasiado vacía.

El corredor exudaba como las entrañas de un animal, y adquiría la forma de un túnel vivo sin tentáculos; pero como si los tuviera. El hombre posó la mirada triste en la oscuridad inescrutable pero familiar, y sentía como, de cierto modo, las paredes orgánicas y frías lo tragaban.

Algo atrás suyo habló...

- *Siga*

Diario de Roberto, (1 de Noviembre):

No fui al trabajo; mi tristeza amaneció como si tuviera independencia y locomoción; me hurga las vísceras, la cabeza y el pecho; como un parásito de dimensiones incalculadas.

Al parásito parece alimentarlo la lluvia con la que amaneció este día. Es una lluvia resuelta y constante. No he querido levantarme casi de mi cama salvo para ir al baño... Ni siquiera para escribir estas notas.

Diario de Roberto, (2 de Noviembre):

La lluvia no disminuye desde ayer, pero hoy ya tuve ánimo para levantarme. Tampoco hoy fui a trabajar, aunque esta vez no fue la tristeza lo que me invalidó...

Me desperté con un sopor poco normal, intranquilo. Después de un rato me levanté por agua, bajé y me asomé por la ventana del primer piso; quería examinar un poco aquella lluvia... ¡Dios!, lo que vi me hizo temblar...

Como esperando, de espaldas y entre la lluvia, una figura lúgubre, alta y delgada, se posaba justo al frente de mi ventana; como a dos metros. Un ligero brillo se desprendía de la blancura lunar que se alcanzaba a percibir en su rostro, por estar su cabeza un poco hacia la izquierda. La pequeña muestra de su cara revelaba alguna naturaleza femenina.

Cerré con cuidado la cortina, como para que no me escuchara... ¡Terror! No puedo decirlo de otro modo; me contraje y un temblor constante me invadió por completo. Di dos pasos atrás y de pronto las magnitudes de mi casa se me antojaron enormes y sobrecogedoras... Tropecé con lo que para mí son sólo siluetas tristes: muebles y cosas a oscuras. Mientras subía, la escalera se empeñó en crujir; las gotas lejanas y ecoicas me recordaron mi primera

intención. Tuve que bajar de nuevo ante una sed insoportable... ¡Claro!, todo con el mayor silencio posible.

La presencia de la criatura ahonda más la lluvia, y el eco de mis hijas (ausentes) se hace más y más insoportable... No siento hambre, y empiezo a detestar el estar despierto. Suena el teléfono dos, tres veces... Ahora cuatro, cinco veces. Debe ser del colegio que me llaman. Luego arreglaré eso...

Giró la cabeza mientras botaba una bocanada de aire frío; queriendo regresar; queriendo continuar. Miró con pesadumbre hacia atrás. Un túnel de ladrillo mojado se indefinía al fondo, entre oscuridad y su vaho; entre su oscuridad y el vaho de alguien más.

Algo lo tenía intranquilo... Sus pies; eso era...

Diario de Roberto, (Sin fecha):

Han pasado días; pero no sé cuántos... Aún llueve; como si el mundo estuviera desplegando algún capricho bíblico... No sé qué pasa allá afuera, pero tampoco aquí dentro; es como si estuviera al revés: todo lo que me aflige lo observo en paredes, en el suelo y en todos los espacios inventados y reinventados por mis hijas en alguna época.

No sólo me consterna la mujer de afuera (ahora sé que se trata de una mujer), sino una sensación de absurdo que empiezo a sentir desde que me despierto (¡sobre todo cuando me despierto!), y que dura hasta el atardecer... Cuando la noche aparece, me siento un poco como siempre he sido: coherente... ¿coherente?...

No había sido capaz de retomar este diario que ahora se me antoja destruir... Pero tengo la necesidad de hablar, de decir... Si tan sólo pudiera llamar a alguna de mis hijas. ¡Pero no puedo! No soporté tanto ruido de teléfono y lo estrellé contra la pared hace tres días... ¿o cuatro?... También he causado otros daños: desenrosqué todos los bombillos y los trituré colocándolos dentro de una sábana y apretándolos contra mi cuerpo. Así mitigué el ruido de semejante tarea. Sí, los rompí por ella, para que la criatura no tuviera ni por accidente una posición privilegiada desde afuera para verme, espiarme, sospecharme...

Cuando tiré el teléfono contra la pared, no pensé en que ella podría sobresaltarse y estallar en una especie de no sé qué! Me aterrorizó la idea... Un momento, ¿cómo puedo estar seguro de que es una mujer?, y además, ¿cómo sé que aún está allí?... Iré y me cercioraré ahora mismo...

Roberto bajó las escaleras con gran lentitud. No tenía claro hace cuánto no comía, pero su debilidad exagerada se lo recordó justo cuando pisaba el último escalón. Titubeo un poco, pero al final decidió no desviarse a la cocina. Abrió la cortina, abrió la puerta, salió de la casa, piso descalzo la calle empapada, la siguió.

Diario de Roberto, (Sin fecha):

Me despierto cada vez más atemorizado y apesadumbrado. No recuerdo hace cuánto no salgo, hace cuánto no como, qué paso con el teléfono, los bombillos y otras cosas de esta casa... No sé si es día o noche, y no recuerdo cuándo empecé a garabatear este diario...

¡Claro!, lo leeré y sabré qué ha pasado, qué me pasa...

¡Dios!, no recuerdo casi nada de lo que había escrito... Quisiera olvidar de igual modo la voces de mis hijas; están por todos lados, pero ellas no..., pero ellas...

El problema es ella: la criatura cuyo género sospecho. Voy a bajar. Así estaré seguro de qué pasa aquí...

Ella-Él caminaba despacio, y Roberto la-lo siguió entre una lluvia que fluctuaba en dirección por un viento incomprensible, pero que jamás variaba su azote.

Entraron por una puerta pequeña a un edificio alto, gris, viejo. Llegaron allí, después de surcar la lluvia con sus cuerpos difusos, caminando por una serie de callejuelas que parecían un laberinto cada vez más diminuto, pero abierto al cielo del chubasco.

Roberto entró a un espacio amplio y techado. Una luz muy leve se colaba por alguna parte. Sobre la lluvia el techo, sobre los pies el suelo.

*Entraron a un pasadizo húmedo donde la luz ya no se colaba por ningún lado; avanzaron.
Roberto sintió mucho frío; algo lo tenía intranquilo...*

“ahora sé que se trata de una mujer”, Roberto creyó decir, pensar, silbar.

Se detuvieron uno tras otro los soñadores y soñados.

Roberto sintió escalofríos y giró su cabeza queriendo regresar. La criatura habló:

- Siga.

Vidales

